

Ecología y sostenibilidad lingüísticas desde la perspectiva *complejica*¹

Albert Bastardas Boada

1. INTRODUCCIÓN: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA COMPLEJIDAD SOCIO-COGNITIVA

Aunque la inspiración inicial para la formulación de una ecología lingüística viniera más directamente de la ecología desarrollada fundamentalmente desde el campo biológico, dada la fácil analogía entre ‘lengua’ y ‘especie’, (*vid.* Haugen, 1972; Bastardas, 2003a), no escapa a nadie que los códigos lingüísticos humanos son fenómenos muy distintos de los conjuntos de individuos biológicos.² Esto nos ha llevado a explorar formulaciones provenientes de otras disciplinas que nos pudieran ayudar en una conceptualización quizás más adecuada a los fenómenos lingüísticos que la puramente inspirada en la bioecología. Aquí hemos descubierto que nos hallábamos en un punto de cristalización de un nuevo (cuasi) paradigma, más holístico, que nos iba a ofrecer la oportunidad de enriquecer y ampliar las perspectivas y las conceptualizaciones. Un interesante movimiento transdisciplinar iba teniendo lugar para ir más allá de la teoría de sistemas, que ya había sido propuesta anteriormente, para llegar a lo que se llamaría actualmente ‘ciencias de la complejidad’ o ‘perspectiva *complejica*’, impulsado desde muchos ángulos distintos y con la aspiración de ofrecer perspectivas y herramientas teóricas y metodológicas más adecuadas para muchos fenómenos complejos, aún pendientes de comprensión científica (*vid.* Bastardas, 1999, 2003b, 2020; Terborg, 2006).

Así, la ecología biológica, aunque más desarrollada y aplicada, no era la única posible. En 1972, Gregory Bateson titula *Steps to an ecology of mind* una recopilación de sus trabajos, en la que desarrolla un interesantísimo pensamiento de inspiración cibernética para avanzar en la comprensión de la mente y la comunicación humanas. De hecho, esta obra está en la base de nuevas aportaciones posteriores, como reconoce el

¹ Sintetizo en este texto las ideas fundamentales que he desarrollado en los últimos años y que han sido vehiculadas en distintos trabajos.

² Sobre el desarrollo histórico de la ecología de las lenguas o ecolingüística (*vid.* Bastardas 2016 y 2017).

físico Fritjof Capra en las páginas previas de su *The Turning Point*, publicado en 1982, de gran interés para la aplicación de la perspectiva a los planos humanos. Otro físico con el que Capra dialoga es David Bohm, ya que sus aportaciones irán también en esta dirección de «comprender la naturaleza de la realidad en general, y la de la consciencia en particular, como un todo coherente, el cual nunca es estático ni completo, sino que es un proceso interminable de movimiento y despliegue» (1987, p. 9), para lo cual necesitamos «un nuevo concepto del mundo que no sea fragmentario» (p. 12).

Pero no serán solamente los físicos los que estarán impulsando la renovación de las teorizaciones, sino que también en el marco de las ciencias sociales y humanas hay voces cualificadas que muestran cómo hay que avanzar en la renovación del pensamiento para poder aprehender nuestros fenómenos en toda su integridad y multidimensionalidad interrelacionadas, e incardinándolos en la sucesión temporal de los acontecimientos. El sociólogo judeoalemán Norbert Elias propone una sociología ‘figuracional’ y procesual que, a partir de una nueva conceptualización integrada de las sociedades humanas, pueda dar cuenta de las interacciones existentes entre las distintas dimensiones de la realidad. Elias (1990) se adelanta en la teorización de lo que hoy, desde la perspectiva de complejidad, llamaríamos fenómenos ‘emergentes’, es decir, aquellos que desarrollan nuevas propiedades y estructuras a partir de la combinación de elementos constituyentes que no las poseen en absoluto en su individualidad. Elias, en mi opinión, es clarividente y ya nos advierte que: «the nature of language cannot be properly explored by a type of psychology which is centred on the individual. Nor does it fit into the mainstream of sociology which so far neglects the paradigmatic information which the complex ‘knowledge, language, memory and thought’ requires» (1991, p. 5); por lo que, «sooner or later it will become necessary to examine critically the presently ruling division of labour among human or social sciences» (p. 5).

En esta construcción de una perspectiva (socio)ecológica del lenguaje nos acompaña, quizás aún más estrechamente, otro autor importantísimo. El pensador judeo-francés de origen sefardí Edgar [Nahoum] Morin no sólo está en la misma línea que los autores hasta ahora citados, sino que emprende una tarea ingente de proponer un nuevo *méthode* para poder pensar la complejidad del mundo. Dada su procedencia del campo antropológico, extrae y desarrolla de las otras disciplinas, que ya estaban en evolución conceptualizaciones plenamente adecuadas, para dar pie a nuevas comprensiones de los fenómenos humanos dicho sea a parte, los más complejos de la existencia. Morin (1992) propugna un pensamiento ‘complejo’, para cambiar las formas habituales de conceptualización y hacerlas más capaces de aprehender, el entrelazamiento imbricado y holográfico de los elementos que intervienen en la configuración de nuestra existencia. En la cita que abre mi *Ecología de les llengües* de 1996, se concentra su visión integrada del fenómeno lingüístico: «La langue vit comme un grand arbre dont les

racines sont aux tréfonds de la vie sociale et des vies cérébrales, et dont les frondaisons s'épanouissent dans la noosphère» [«La lengua vive como un gran árbol que tiene las raíces en las profundidades de la vida social y de las vidas cerebrales, y cuyo follaje florece en la noosfera»] (Morin, 1991).

Inmerso ya en la perspectiva de la complejidad aplicada a los fenómenos socioculturales, partimos de sus aportaciones más interesantes: a) la centralidad del cerebro/mente, b) la autoorganización, c) la emergencia, d) la causalidad circular, retroactiva y recursiva (vs. lineal), e) el carácter ecosistémico y holográfico de la realidad, que implica que no sólo la parte está en el todo, sino que el todo también 'está' en la parte, y, f) la procesualidad y dinamicidad de la realidad (*vid.* Bastardas, 1999). Estos principios subyacen en nuestra propuesta-marco ecológica para el estudio del contacto lingüístico, que toma forma práctica en una imagen multinivelada y dinámica capaz de incluir las distintas dimensiones que sostienen la actividad lingüística humana y sus interrelaciones, a fin de poder comprender mucho mejor los condicionantes del comportamiento lingüístico y de sus evoluciones históricas.

2. UNA PROPUESTA DE INTERRELACIÓN MULTIDIMENSIONAL PARA EL ESTUDIO DEL CONTACTO LINGÜÍSTICO

Para expresar este modelo ecosistémico, multidimensional y dinámico, podemos utilizar metafóricamente la imagen de una partitura orquestal o polifónica, en que cada pentagrama expresa una de las dimensiones participantes en el ecosistema de determinación del comportamiento lingüístico. Este modelo nos permite plasmar los distintos niveles de realidad en que viven las lenguas, sus interrelaciones, y su existencia ineluctable en el tiempo, a través del cual cambian, se expanden o desaparecen (*vid.* Bastardas, 1996 y 2019). El modelo empieza en su base con el *cerebro/mente*, elemento ineludible en cualquier ciencia sociocultural, aunque olvidado durante muchas décadas. Es en el cerebro donde hallaremos las bases potenciales de desarrollo de las competencias lingüísticas, cognitivas y comunicativas, y de configuración de las representaciones, ideas y sociosignificados que los individuos sostendrán sobre las propias formas lingüísticas y sus usos sociales.

En un segundo pentagrama debemos incluir la *interacción* de los cerebros/mentes, dado que es en su exposición e interrelación mutuas donde tiene lugar su auto-co-construcción a partir de los materiales existentes en la cultura previa de los interactores. Es en este nivel, además, donde deberán negociarse y formularse autoorganizadamente las rutinas conversacionales, las selecciones de las variedades a usar, las normas sociales propias de cada tipo de interacción, la expresión de los estados anímicos mutuos, etcétera.

Es decir, no sólo actuarán y tomarán forma aquí las predisposiciones cerebrales previas, sino que *emergerá* una nueva realidad no presente en el nivel anterior: la *organización* de la interacción.

Un tercer nivel deberá recoger los fenómenos producidos en torno a la *grupalidad*. Los humanos no solamente nos relacionamos uno a uno, sino que construimos redes de relación más o menos numerosas y nos podemos identificar con distintos conjuntos caracterizados por determinados elementos socioculturales, económicos, políticos, etc. Nuestro cerebro/mente nos permite categorizarnos según estos diversos parámetros, y estas categorizaciones pueden influir en los modos de nuestra interacción lingüística. Si nos creemos 'x', y, grupalmente, está establecido que los 'x' sostienen un determinado tipo de relación con los 'y', en tanto que 'x' 'debemos' seguir este tipo de relación en nuestras interacciones con los 'y', y ellos igualmente. En este plano, pues, se reflejan las asimetrías de poder político, económico, cultural, lingüístico, ideológico, etc., provenientes de las distintas configuraciones de las sociedades humanas. Y todo esto tendrá repercusiones en los aspectos lingüísticos, con el surgimiento de identidades colectivas ligadas al uso de determinadas variedades, estilos conversacionales de dependencia grupal, hablas adscritas a distintas posiciones sociales, representaciones específicas sobre el estado de las relaciones intergrupales, formas verbales diferenciadas según su distribución espacial, etcétera. También será aquí, en los grupos profesionales y laborales que formamos, donde se crearán variedades funcionales propias de cada sector, registros concretos para usos especializados, etc. Cuando hablamos, pues, no sólo habla un individuo, sino que habla también un (sub)conjunto social determinado, con sus diferencias socioeconómicas, por ejemplo, que pueden crear significaciones sociales bien distintas para las variedades lingüísticas en concurrencia.

En el mundo contemporáneo se hace necesario introducir también un pentagrama dedicado a las *tecnologías de la comunicación*. La presencia de estos conglomerados en la vida pública es cada vez más intensa, y, aunque Internet, en cierta forma contribuye a 'democratizar' más la comunicación colectiva, dado que ahora todos podemos ser potencialmente emisores de mensajes, el impacto de los grandes grupos mediáticos continúa siendo muy importante. En el plano de las formas lingüísticas, los grandes emisores deben escoger sus variedades y modelos, los cuales podrán tener una influencia importante sobre los otros niveles en la medida en que los individuos les otorguen una sobrevaloración sociosignificativa. Las variedades, pues, usadas en los grandes medios pueden actuar de modelos sociolingüísticos y, dada su ubicuidad, entrar en contacto con los modelos vernaculares existentes, a los cuales pueden desplazar —en parte o totalmente de forma gradual— si se produce cognitivamente a la vez una minusvaloración de las formas lingüísticas populares. Igualmente importante puede ser su influencia sobre las propias ideologías lingüísticas de las personas, ya que necesariamente

vehicularán discursos favorables o antagónicos respecto del valor y la conveniencia o no de la diversidad lingüística de las sociedades humanas, que pueden llegar a influir en la conducta de los individuos, y que pueden ser trasladados a sus interacciones comunicativas.

Otro pentagrama -el último en mi propuesta, aunque puede admitir la adición de los que se crean convenientes- es el del *poder político*. Se trata ciertamente de un pentagrama 'polifónico' él mismo, ya que los poderes públicos actuales tienen autoridad e influyen sobre multitud de aspectos sociales, como en la propia organización territorial del poder político-administrativo, el sistema económico, los centros educativos, los medios de comunicación públicos, la sanidad, los transportes, etc. En muchos casos, de hecho, el poder político es el gran regulador legal de las formas lingüísticas y sus funciones, y; por consiguiente, con una gran repercusión potencial sobre el fenómeno lingüístico general en las sociedades contemporáneas. El Estado es el organismo habitualmente encargado de decidir sobre su propia organización lingüística a través de la adopción de una o más lenguas 'oficiales', lo cual tendrá una gran influencia en los sociosignificados positivos que las personas adscribirán a las variedades lingüísticas que sean consagradas como tales y; por contraposición, en los negativos para las que no lo sean. La lengua o lenguas oficiales llevarán aparejadas la obligación de ser comprendidas y usadas por los ciudadanos en sus relaciones con los organismos públicos, lo que favorecerá enormemente la extensión social de la variedad o variedades escogidas como oficiales. El carácter oficial de un idioma hará que sea habitualmente usado no sólo en las entidades administrativas públicas, sino también en las privadas, ya que muy frecuentemente será la única variedad normativizada explícitamente y conocida por la totalidad de la población, lo que la convierte en medio idóneo de comunicación social. Ocupará habitualmente la mayoría de las funciones en el sistema educativo, y se facilitará a la población su conocimiento oral y escrito, fundamentado en una modalidad estándar, oficialmente sancionada por el organismo académico competente.

La complejidad de la organización política, además, puede aumentar en el caso de reconocimiento oficial de más de una lengua por parte de los poderes públicos. En este caso deberán articularse los principios sobre los que se basará su uso, es decir, si su uso oficial será igual en todo el territorio de soberanía estatal para todos los idiomas en presencia, si cada uno será restringido a su territorio histórico y actuará allí de forma exclusiva o no, si habrá o no alguna de las lenguas que haga la función de *lingua franca* entre todos los grupos lingüísticos, etc. Muchas de estas situaciones de multilingüismo oficial se dan en el marco de una distribución compuesta del poder político, con el fin de acomodar más adecuadamente la diversidad cultural y/o identitaria de sus poblaciones. Así, en estos Estados, la jurisdicción sobre las diversas materias se halla repartida en distintas instituciones políticas subestatales —de tipo confederal, federal, autonómico,

etc.— con lo cual aún aumenta más la posibilidad de soluciones distintas, en cuanto a las funciones de las lenguas, en los diferentes niveles de gobierno, según sus situaciones sociolingüísticas y las ideologías predominantes.

Postulamos, en consecuencia, que el comportamiento lingüístico de los individuos estará influido y co-determinado por la interrelación de todas estas dimensiones, lo cual hace imprescindible la adopción de una mirada ecológica o compleja para poder explicarlo. Tal como un individuo hable, estará condicionado por sus potencialidades cerebrales (por cómo se interrelaciona con los otros individuos con los que esté en contacto, por cómo estos otros individuos se interrelacionan lingüísticamente entre ellos), por los conjuntos de pertenencia —socioeconómica, étnica, profesional, etc.— de los mismos; por los usos lingüísticos ‘institucionalizados’ -es decir, formales- con que se encuentre en el sistema escolar y en los medios de comunicación, los cuales dependerán habitualmente de decisiones políticas en el marco de los principios constitucionalmente establecidos. En este marco de influencias transversales, las personas, como sistemas adaptativos complejos que son, desarrollarán sus competencias, representaciones y sociosignificados lingüísticos y adoptarán los comportamientos que crean más apropiados a cada situación y función, lo que llevará, como veremos a continuación, al mantenimiento histórico de unas formas o a su cambio o abandono.

3. LA DINAMICIDAD EVOLUTIVA

Si en la partitura con diversos instrumentos que metafóricamente hemos dibujado, ‘tocan’ todos la misma melodía, o con acordes armónicos y apropiados, tenderá a producirse una continuidad básica de las formas lingüísticas que los individuos usarán cotidianamente, aunque en su evolución histórica se irán registrando cambios graduales —y frecuentemente muy poco conscientes— que, al cabo de siglos, pueden llegar a ofrecer una imagen bastante distinta del código en cuestión. Uno de los mecanismos fundamentales en este hecho es el de la sustitución intergeneracional de las poblaciones humanas. Dado el carácter finito de nuestra existencia, pero con la posibilidad de engendrar nuevos seres, con cada nuevo nacimiento se abrirá la posibilidad de cambios en las formas lingüísticas, ya que se tratará de un nuevo proceso de auto-co-socialización, en el que los nuevos individuos pueden introducir innovaciones lingüísticas en sus interacciones emergentes, con lo cual la variedad habitual del conjunto puede emprender evoluciones insospechadas.

Si estos individuos, además, entran en contacto frecuente con otros individuos que usan formas lingüísticas distintas —o se exponen a las mismas a través de medios de tecnocomunicación— esta situación puede llevarles a mezclar formas de uno y otro

código, en los distintos niveles de la estructura lingüística, con lo cual aún pueden fomentarse más innovaciones evolutivas que pueden llevar a un mayor grado de cambio lingüístico. Sea como sea, ciertamente los individuos que se exponen a formas lingüísticas distintas de las suyas percibirán éstas y —aunque frecuentemente desde la subconsciencia— las ‘evaluarán’ en cuanto a sus significados sociales, y decidirán adoptarlas, modificarlas, o simplemente rechazarlas. Esta evaluación sociosignificativa dependerá de otros elementos presentes en la situación, como por ejemplo el estatus socioeconómico y/o político adscrito a las formas lingüísticas, su consideración simbólica, su demografía, sus adherencias ideológicas, etc.

En los casos de contacto lingüístico entre variedades pertenecientes a sistemas lingüísticos distintos, las evaluaciones sociosignificativas —que reflejarán las correlaciones de fuerza entre las distintas dimensiones presentes— tendrán un papel decisivo en el rumbo que pueda adoptar la situación. En los contextos, por ejemplo, en que se da contacto entre una variedad oral grupal sin reconocimiento oficial y otra variedad correspondiente a una lengua oficialmente instaurada y usada en la gran mayoría de las funciones públicas, es muy habitual que los hablantes de la primera consideren negativamente sus formas lingüísticas y tengan a la otra como variedad prestigiosa y llena de sociosignificados positivos. En la mayoría de estos casos se dan fenómenos de sustitución lingüística intergeneracional, es decir, de abandono de su variedad por parte de los padres y de adopción de la variedad oficial y/o prestigiosa para dirigirse a sus hijos. Es en este momento crucial, en la interrupción de la transmisión intergeneracional, donde se juega la suerte de la continuidad o desaparición de la diversidad lingüística humana.

Fijémonos que se ha producido aquí una desarmonía importante en el ecosistema de mantenimiento de las lenguas entre las dimensiones caracterizadas por la autoorganización de la interacción comunicativa y las que son determinadas más por decisión glotopolítica y/o económica consciente. En las sociedades contemporáneas, la fuerza del Estado, de los poderes económicos y de los mediáticos, puede ser letal para las variedades lingüísticas que no hayan sido adoptadas como oficiales y/o que no tengan usos públicos en las funciones de mayor impacto en las representaciones y deseos de los individuos actuales. Como este tipo de situaciones ocurre muy frecuentemente, dado el hecho de existir muchos menos estados oficialmente multilingües que idiomas diferentes, nos hallamos ante lo que se ha venido llamando como la *crisis de la linguodiversidad*, ante el riesgo —cierto— de desaparición de la riqueza lingüística de la humanidad.

Esta situación de ‘desarmonía’ entre las distintas dimensiones de los ecosistemas sociolingüísticos es lo que lleva igualmente a la gran mayoría de situaciones similares vividas por grupos inmigrantes a ir abandonando sus códigos de origen y a adoptar los de la sociedad receptora. Arrancadas de su hábitat histórico, y por tanto de un

ecosistema con sus dimensiones armónicas de mantenimiento lingüístico, las migraciones —siempre que no sean demográficamente superiores a los receptores— tenderán a bilingüizarse primero en la lengua con que conviven cotidianamente, y, después, muy posiblemente a adoptar aquella para hablar con sus hijos, si consideran que el mantenimiento de la lengua de origen no tiene valor ni económico ni sociosimbólico. En el caso de grupos inmigrantes que abandonen totalmente su hábitat de origen y que luego no sigan usando su idioma como mínimo intra grupalmente nos encontraremos con pérdida total de la lengua, ya que tampoco quedarán en su territorio hablantes que la mantengan en funcionamiento.

4. NUEVAS PROPUESTAS DESDE LA FILOSOFÍA SOSTENIBILISTA

La aproximación ecológica a los fenómenos biológicos y medioambientales se enriquecerá a finales de los años 80 del siglo pasado, con una nueva perspectiva teórica, mucho más centrada ya en la actuación práctica sobre la realidad y en la reforma de la organización bio-socio-económica de las sociedades humanas desarrolladas. Así es como el concepto de ‘sostenibilidad’ o ‘desarrollo sostenible’ alcanza un gran eco mundial en la conferencia de la Naciones Unidas, celebrada en Río de Janeiro en el año 1992. El llamado *Informe Brundtland* (World Commission, 1987) lo define como: «la forma de asegurar las necesidades del presente sin comprometer las capacidades de las futuras generaciones de satisfacer las propias». Nacía, entonces, una filosofía ‘sostenibilista’ que buscaría el desarrollo integral del ser humano, con una aproximación humanista y no puramente economicista del ‘progreso’ social. Contraria al crecimiento por el crecimiento, la filosofía sostenibilista se opone a las sociedades expansivas y dominadoras, y se configura potencialmente como el elemento vertebrador del pensamiento poscolonial y posnacional, desde una óptica planetaria y universal.

Una de las características fundamentales del sostenibilismo es su énfasis en la salvaguardia del medio ambiente, y adopta también, por lo tanto, una perspectiva ecológica, plenamente coherente con la perspectiva general de complejidad. Pretende superar la crisis ambiental y salvaguardar la biodiversidad y -¿por qué no?- la linguodiversidad. Postula una moral medioambiental, ya que el fondo del problema, más que en las disposiciones legales, radica en las escalas de valores compartidas por la sociedad y plasmadas en el ordenamiento jurídico (Jacobs, 2000, p. 67). Por eso es necesario un proceso de formación de una nueva conciencia colectiva, un proceso de reflexión y debate socioecológico, a fin de que la ética de la sostenibilidad se asuma como valor propio de la identidad moral del individuo contemporáneo y futuro, todo con tal de que el ‘ecologismo sostenibilista’ impregne la realidad socio-económico-política general.

Es, de hecho, lo que ya decía el informe Brundtland anteriormente mencionado, cuando afirmaba que «en el mínimo estricto, el desarrollo sostenible significa no poner en peligro los sistemas naturales que nos hacen vivir: la atmósfera, el agua, los suelos y los seres vivos». El gran reto, por lo tanto, será cómo conciliar progreso económico y social sin poner en peligro el equilibrio natural del planeta.

Las aportaciones del sostenibilismo pueden tener, también, un potencial analógico importante para ser trasladadas al plano lingüístico. ¿Con qué nos encontramos si lo intentamos? De entrada, fijémonos en la voluntad de juntar ‘contrarios’ —al menos aparentes— en una conceptualización integradora y compleja, como es el propio sintagma ‘desarrollo sostenible’. En el plano sociolingüístico, nuestro debate sería probablemente sobre nuestros ‘contrarios’, los cuales podrían ser, por un lado, la expansión glotofágica de las grandes lenguas y, por otro lado, el mantenimiento y el desarrollo de la diversidad lingüística humana (*vid.* Bastardas, 2005, 2014 y 2019).

Ciertamente, las posiciones existentes tienden a polarizarse sobre estos dos aspectos. Para unos, es necesario que las poblaciones abandonen sus lenguas de origen y adopten únicamente los grandes códigos estatales o mundiales de comunicación, a fin de que puedan avanzar en su desarrollo económico y cultural. Para otros, la lucha es claramente a favor de la preservación de la diversidad lingüística y de la preservación de las identidades colectivas distintas, tratándose de un camino para evitar la pobreza y la anomia a las cuales lleva la desorganización del ecosistema tradicional de subsistencia, y para conservar el saber popular que cada cultura ha producido. De entrada, pueden parecer, pues, perspectivas irreconciliables y antagónicas, sin posibilidad de ser integradas y ensambladas.

¿Habría alguna forma aquí de trasladar los procedimientos y la conceptualización conciliadora de la ‘sostenibilidad’, de combinar el conocimiento y el uso de las lenguas con un mayor ámbito comunicativo a la vez que el mantenimiento y la promoción de las lenguas grupales? Ciertamente, no hace falta decir que los partidarios de la conservación, salvaguardia y desarrollo de la diversidad lingüística nos podemos sentir identificados con los postulados más generales y comprensivos de la filosofía de la sostenibilidad. Desde la perspectiva de la pluralidad humana, podríamos postular con convencimiento la necesaria fraternidad que tendría que existir entre los miembros de una única especie culturalmente diversa, terminando así con las relaciones de dominación y subordinación que se dan en las relaciones entre grupos lingüísticos distintos.

Una perspectiva ecológica e igualitaria sobre la diversidad lingüística tendría, pues, que acabar con las ideologías expansionistas y dominadoras. Poner fin a la jerarquización valorativa que implica la creencia en la superioridad/inferioridad lingüística es igualmente urgente y justo. Pasar a otra fase histórica de la Humanidad en

la cual la visión predominante sea la de reconocer la igual dignidad de todas las lenguas y de los grupos lingüísticos es, claramente, un objetivo inaplazable. Así, parafraseando a Ramón Folch en una entrevista sobre la sostenibilidad en general, podríamos afirmar que la 'sostenibilidad lingüística' sería: un proceso de transformación gradual del actual modelo de organización lingüística de la especie humana, el cual tendría el objetivo de evitar que la bilingüización o poliglótización colectiva de los seres humanos tuviese que comportar necesariamente el abandono de las lenguas propias de los distintos grupos culturales (1999). Básicamente, la ideología contraria procedería de la negativa tendencia humana al pensamiento dicotómico: o blanco o negro, o una lengua u otra. Hoy, sin embargo, desde el paradigma de complejidad, sabemos que hay otras posibilidades. Sabemos que es mejor pensar en términos de 'y', y no de 'o' (*vid.* Bastardas, 2002).

Así como el desarrollo sostenible no niega ni el desarrollo ni la búsqueda de una mejora material de las sociedades humanas, pero a su vez quiere el mantenimiento del equilibrio ecosistémico con la naturaleza, la 'sostenibilidad lingüística' acepta la poliglótización y la intercomunicación entre los grupos y las personas, pero a su vez reclama la posibilidad de la continuidad y el pleno desarrollo de los grupos lingüísticos humanos. Así como en la sostenibilidad general pensamos y actuamos con el fin de no destruir nuestro mismo contexto biosférico y de conservar los recursos naturales de los cuales dependemos, en la sostenibilidad lingüística queremos desarrollarnos e intercomunicarnos sin destruir los recursos lingüísticos y culturales que nos constituyen y nos identifican. Desde una ética sostenibilista, la diversidad de los modos de comunicación de los distintos grupos de la especie es claramente un valor a proteger, y no sólo como una curiosidad 'antropológica', sino por la intrínseca e irrenunciable dignidad de las personas y sociedades humanas.

La sostenibilidad tiene consciencia de no romper el equilibrio dinámico de los distintos elementos que participan en el ecosistema. Por ejemplo, Jacobs afirma que: «'sostenible' se aplica habitualmente a la práctica de no extraer recursos naturales a una velocidad más rápida y ávida que la que necesitan los recursos para renovarse ellos mismos» (Jacobs, 2000, p. 67). O Folch, quien dice que hace falta «producir solamente lo que sea razonablemente necesario y con el menor número posible de externalizaciones distorsionadoras». Es decir, el objetivo es siempre conservar el equilibrio fundamental que hace posible el propio mantenimiento del ecosistema y de sus componentes. Si ahora trasladamos esto a la sostenibilidad lingüística, claramente podríamos establecer principios como el de usar solamente las lenguas no-propias de los grupos, para todo aquello que sea razonablemente necesario y con el menor coste de funciones (o con la menor distorsión de funciones) para las lenguas propias. Así, el contacto lingüístico sostenible será aquel que no produzca exposición o usos lingüísticos en lengua alócto-

na a una velocidad y/o presión —en un grado— tan altos que haga imposible la continuidad estable de las lenguas autóctonas de los grupos humanos. Podemos afirmar, entonces, que el carácter sostenible de una bilingüización masiva es dado por la comparación entre el grado de valoración y funciones de la lengua no-propia y el de la lengua propia del grupo. Si el primero es menor, el contacto masivo y la bilingüización es sostenible. Si es mayor, la bilingüización no es sostenible y la lengua propia tenderá a degradarse y podrá desaparecer en unas décadas.

La sostenibilidad lingüística, sin embargo, no es un hecho puramente lingüístico, tal como ya se ha dicho, ya que las lenguas dependen de su ecosistema y éste puede estar en continuo cambio y recibir la introducción de nuevos factores. Así, pues, del mismo modo en que se llevan a cabo estudios sobre impacto medioambiental o ecológico, nosotros también tendríamos que poder llegar a estudiar el impacto sociolingüístico de medidas económicas, políticas, educativas, de las migraciones, de las innovaciones tecnológicas, etc. Nos es necesario llegar rápidamente a modelos claros y funcionales de los ecosistemas sociolingüísticos, conocer las interacciones entre los distintos elementos, cuantificarlas y, en la medida que sea posible, llegar a predicciones sobre su evolución y, en consecuencia, poder proponer las medidas adecuadas desde la perspectiva de una gestión sostenible del plurilingüismo.

Una fórmula operativa de política lingüística para conseguir estos objetivos podría ser el llamado principio de subsidiariedad lingüística. Igual como ocurre en el plano político-administrativo, en el que esta regla promueve que las decisiones sean tomadas siempre que sea posible en el nivel más cercano a los ciudadanos y no en niveles superiores, el principio de subsidiariedad lingüística podría ser adaptado a la dimensión sociolingüística proponiendo que todo lo que pueda llevar a cabo una lengua 'local' no debe hacerlo otra más 'global'. Es decir, se impulsaría el conocimiento efectivo y masivo de otras lenguas —y, en especial, de la/s que fuera/n adoptada/s como vehicular/es en las supraunidades de integración— pero otorgando como principio general la preeminencia funcional a la lengua de cada grupo lingüístico históricamente constituido. Esta reserva de funciones para las lenguas 'locales' tiene que ser clara y precisa, a fin de que la poliglotización masiva no evolucione innecesariamente hacia un abandono de los códigos de menos radio comunicativo. Es por esta razón que, al lado de los principios de poliglotización y subsidiariedad, es necesario introducir el de 'funciones públicas exclusivas o preeminentes' para las lenguas locales, para que puedan disponer de un núcleo importante de usos reservados, que no deben ser realizados por las lenguas más generales. Así, todos los códigos podrán ser percibidos como plenamente útiles y eficaces, con lo que se favorece su plena utilidad y su continuidad en un ecosistema comunicativo equilibrado.

5. POLIGLOTIZACIÓN Y SOSTENIBILIDAD LINGÜÍSTICA

La pregunta que pasamos a formularnos ahora es cómo evitar en la práctica que las personas que han sido bilingüizadas o poliglotizadas abandonen los usos fundamentales de su lengua grupal de origen, en su vida cotidiana, es decir, cómo hacer que estas personas continúen utilizando su código habitualmente y para el máximo de funciones. Distinguiremos el análisis entre dos grandes tipologías de situaciones, las cuales, también, sin embargo, se pueden dar juntas: el contacto vertical y el horizontal (Barreto, 1995). Es decir, si la bilingüización es fruto de una integración territorial en estructuras políticas y socioeconómicas más amplias, o si se ha producido básicamente por el contacto cara a cara con otras personas, con las cuales se coexiste cotidianamente.

Antes de empezar a analizar más detalladamente cada gran tipología, es necesario tener en cuenta que para poder actuar sobre el abandono de las lenguas por parte de sus hablantes bilingüizados o poliglotizados, el objetivo fundamental será conseguir llegar a las *representaciones de la realidad*. Y por dos motivos fundamentales. Primero, porque en los casos en que se ha llegado a interiorizar valoraciones negativas respecto a su código de origen, será necesario exponerlos a discursos —y, mucho mejor, también a situaciones— alternativos, favorecedores y dignificadores de su lengua y de su grupo para que no abandonen el uso de la lengua propia sino que, al contrario, la recuperen y la hagan crecer. Y segundo, para que en los casos en que no es que exista formalmente un discurso negativo, pero las condiciones demosociolingüísticas hacen que, de forma espontánea y autoorganizada, los hablantes, por motivos prácticos, vayan dejando de utilizar su código propio sin darse demasiada cuenta de ello, será necesario hacerlos conscientes de este proceso, y poder convencerlos de la necesidad del cambio de sus comportamientos, en tanto que a la larga son autodestructores.

En el primer tipo de situación, la de ‘contacto vertical’, nos referimos a los grupos lingüísticos que, sin haberse desplazado de su territorio, habitualmente se bilingüizan por el hecho de ser integrados políticamente en una estructura superior, la cual decide adoptar, en las tipologías más simples, una lengua con carácter oficial, que no es la del grupo afectado. Dado que, como sabemos, hay muchos menos estados que lenguas, este es un caso bastante frecuente. En los casos extremos, el estado —que a menudo quiere construir conscientemente una ‘nación’ lo más homogénea posible— tenderá a llevar a cabo una política en que ensalzará los valores de la lengua oficial, presentándola como la garantía de la unidad nacional y el símbolo de la nueva nación que se quiere construir. Recíprocamente, en muchos casos, el discurso será de denigración —o, como mínimo, de olvido público— de las otras lenguas existentes en el perímetro de soberanía. Si esta subordinación política, además, tiene lugar, como acostumbra a ocurrir, en un marco de cambio tecnoeconómico agudo, que llevará en muchas ocasiones a la

destrucción de la organización económica tradicional de la población, el nuevo idioma irá siendo visto como la lengua de la nueva situación ‘moderna y de progreso material’, la cual habrá que no solamente conocer bien, sino hasta adoptarla como lengua habitual si uno quiere integrarse en la nueva clase dirigente o, simplemente, mejorar su estatus social. Si este proceso se generaliza gradualmente entre la población, pueden llegar a darse casos de autoabandono grupal de la lengua propia y, por lo tanto, iniciar el proceso de extinción lingüística.

En estas situaciones, la intervención tendrá que ser fundamentalmente política, a fin de reorientar los discursos predominantes hacia la autodignidad y, a la vez, y siempre que sea posible, dotar las poblaciones de un grado suficiente de autocontrol político y económico de su vida colectiva, que les permita autodeterminarse sociolingüísticamente y decidir con libertad cómo distribuye las funciones comunicativas entre una lengua y otra. En la medida en que los poderes políticos actuales se decidan por adoptar esta óptica y la lleven a cabo, frenando los usos abusivos de las grandes interlenguas, estas situaciones, si se equilibran adecuadamente y las poblaciones recuperan la autoestima cultural, pueden ser sostenibles largamente, mientras factores de otro tipo no vengan a añadirse. Hay técnicas y principios organizativos, como sabemos, que pueden vertebrar las distribuciones de funciones y los derechos lingüísticos correspondientes (*vid.* Bastardas & Boix, 1994). Dependiendo de las distribuciones territoriales de las poblaciones y de sus volúmenes, podemos guiarnos por los ya clásicos criterios de ‘personalidad’ o ‘territorialidad’, a los cuales, en las situaciones en que haga falta, yo añadiría, los de ‘funcionalidad’ y ‘subsidiariedad’ para aquellos casos en que los otros no se puedan aplicar óptimamente (*vid.* Bastardas, 2002). Si el poder político se implica sinceramente, y los volúmenes demográficos del grupo no son demasiado bajos, son casos resolubles y pueden tener larga continuidad.

Estos casos, sin embargo, pueden presentar más dificultades para alcanzar la sostenibilidad si, comparativamente, los efectivos demolingüísticos son proporcionalmente muy bajos y, todavía más, si están dispersos territorialmente. Aquí la compactación colectiva juega un papel importante. Si son pocos, pero compactados, si viven en una misma base territorial que les permite claramente los usos públicos para su código y una interacción lingüística fácil y continuada, la sostenibilidad será más alta. Si, en cambio, el grupo se ha ido dispersando territorialmente y se ha mezclado con otros grupos, aunque el estado reconozca sus derechos y tenga una ideología oficial positiva, no podrán usar su código fácilmente y de forma habitual en la comunicación cotidiana, y eso puede jugar en contra de su conservación. Aquí, los mecanismos que actúan en la situación de mezcla, como veremos a continuación, pueden actuar y llevar el código de origen gradualmente al desuso, en beneficio del más general en la comunidad.

Realmente, en una gran mayoría de casos la clave de la sostenibilidad lingüística se encuentra en los estados y sus políticas lingüísticas, los cuales no pueden sustraerse de su responsabilidad de abrazar una ética sociolingüística, respetuosa con la diversidad cultural. En especial, sus grupos dominantes deben tener presente que hoy una lengua pide mucho más que ayer para poder existir. En la sociedad pre-contemporánea, las funciones de una lengua eran las de la vida cotidiana local. Hoy las funciones que para la mente pueden ser vistas como más importantes, a menudo no dependen de los universos locales sino de organizaciones supralocales y muy frecuentemente internacionales. La lengua de trabajo, de los ‘media/cine/Internet/música’, del ‘progreso’ y del avance tecnológico puede ejercer una importante influencia sobre las personas, las cuales pueden llegar a interiorizar una visión negativa de sus propios códigos de origen. Para contrarrestar eso —ya que en muchas ocasiones no será posible que una lengua pueda hacer todas las funciones de una sociedad contemporánea desarrollada— será necesario dar la máxima cantidad de funciones ‘locales’ importantes a las lenguas propias de los grupos humanos, procurando que tengan funciones en exclusiva o prioritarias que las hagan útiles y provechosas a los ojos de sus mismos hablantes. En términos ecológicos, podríamos decir que los estados tienen que ayudar a las lenguas a poder encontrar (y ocupar) nichos funcionales suficientemente importantes para invitar a su mantenimiento y a su transmisión intergeneracional.

Si vamos ahora hacia el tipo de encuentro que hemos llamado ‘horizontal’, es decir, aquella clase de contacto en que la bilingüización se produce básicamente por relación y exposición cara a cara, los factores y las dinámicas pueden ser distintos —hay que remarcarlo— y los casos pueden ser bastante más difíciles de que sean sostenibles. Como sabemos, aunque la diversidad lingüística, para poder producirse, ha necesitado generalmente el aislamiento y la incomunicación entre los distintos grupos humanos, desde siempre estos han tendido a moverse y a desplazarse de sus territorios, a la búsqueda de supervivencia, de más bienestar o también de aventuras colonizadoras. Esto significa, y viviendo como vivimos ahora en un momento álgido, que el encuentro y el contacto físico entre poblaciones diferentes es un fenómeno antiguo y a la vez plenamente actual.

En las sociedades más desarrolladas, con estados con un funcionamiento eficaz, sí se puede intentar arbitrar políticas de apoyo a la sostenibilidad lingüística de los grupos desplazados, aunque, a veces, ellos mismos pueden considerar que no están interesados en ello si ya han hecho claramente la opción de instalarse en el nuevo país. A menudo, que les recuerden que son diferentes no es lo que más les gusta, ya que lo que les preocupa, y sobre todo de cara a sus hijos, es que su adaptación sea completa, y que no tengan que pasar por los esfuerzos que ellos tuvieron que hacer. A menudo, pues, si los padres han llegado a ser suficientemente competentes lingüísticamente en la lengua

del país o zona receptores, serán ellos mismos quienes escogerán abandonar su código grupal para hablar a sus hijos, a fin de beneficiarlos. Aquí las acciones gubernamentales tendrían que ir dirigidas a sensibilizarlos para convencerlos de que, si se trata de una sociedad receptora lingüísticamente normal y desarrollada- la lengua de acogida la aprenderán igualmente y, que si ellos les transmiten la lengua de origen del grupo, estos niños dispondrán de más competencias lingüísticas que les podrían ser beneficiosas en un futuro. Por otro lado, esto podría evitar a los padres la incomodidad de ver cómo sus hijos no saben finalmente hablar la lengua de origen, situación probablemente lamentable personal y colectivamente. Aquí también habría campo para actuar, en especial dignificando las lenguas de origen e informando a las poblaciones de la seguridad de su bilingüización efectiva.

6. CONCLUSIÓN

Es necesario ser realistas y partir del hecho de que todavía hay mucho terreno por trabajar en la creación de un desarrollo lingüístico ecológicamente sostenible, aunque debemos ser conscientes también de que nos movemos en una época distinta y peculiar de la aventura humana, que puede añadir dificultades para el alcance total de los objetivos que los sostenibilistas se propondrían. La era actual se caracteriza, como hemos visto, por un aumento exponencial del contacto entre los grupos lingüísticos y entre las personas y las lenguas y, por lo tanto, por el final –o, en todo caso, la reducción considerable– del aislamiento ecológico tradicional que favoreció el mantenimiento de las diferencias lingüísticas en el interior de una misma especie. Al mismo tiempo, la creación de nuevas identidades de origen estatal supraétnico, la selección únicamente de pocas lenguas con carácter oficial y público, y el papel creciente de las grandes lenguas de intercomunicación, son hechos que tienden a trabajar no a favor del mantenimiento de los códigos tradicionales, sino de la extensión, a menudo abusiva y sin freno, de estas lenguas estatales e internacionales. Además, las poblaciones humanas, buscando su supervivencia y su mejora material, salen de sus territorios históricos y se desplazan hacia otras áreas lingüísticas, con la consiguiente desorganización y, en todo caso, reorganización de los ecosistemas que hasta ahora habían asegurado la existencia tanto de los grupos lingüísticos que se mueven como de los que los reciben.

Por el contrario, y ahora más que nunca, avanzan tanto la sensibilidad respecto a la ecología de la diversidad lingüística como el pensamiento desde la complejidad. Altas instancias internacionales y gubernamentales se comprometen, pues, en una ética de protección y de solidaridad respecto a los grupos lingüísticos políticamente subordinados y, sobre todo, además económicamente poco desarrollados. Las soluciones

de estructuración política compleja de los estados, con reparto del poder en distintas instancias territoriales, también proliferan y facilitan más oportunidades de autocontrol político de las poblaciones lingüísticamente diferenciadas. Aunque todavía quede mucho y, por el camino, haya lenguas en alto peligro de extinción, el avance, en general, es claro, aunque demasiado lento y, a veces, mal entendido por los grupos dominantes. El paradigma sostenibilista se ofrece como horizonte y proceso, en el camino de mejora de la vida lingüística de los humanos, a través del desarrollo de la equidad y la justicia interlingüísticas.

Para poder tener éxito en esta empresa universal es necesario combatir las causas, más que administrar remedios paliativos. Es necesario, claramente, superar la mentalidad de las posiciones políticas conservadoras, las cuales creen que la solución es básicamente subvencionar las lenguas, para pasar a la que tendrían que adoptar las posiciones más progresistas e igualitaristas, basada en la distribución adecuada de las funciones de las lenguas, a fin de conseguir su sostenibilidad. Se tiene que alcanzar un compromiso durador entre los grupos lingüísticos —y eso es responsabilidad especial de los grandes grupos, más que de los medianos o más pequeños— a fin de influir eficazmente en las causas del abandono de las lenguas propias, teniendo a las personas como centro y motivación de la acción, y no una visión puramente ‘antropológica’, de museo o de ‘reserva’.

Si la distribución territorial de los grupos lo permite, el horizonte ideal es tender al control del espacio sociolingüístico propio por parte de cada grupo lingüístico, con el fin de poder ir interviniendo en él en función de la evolución general del ecosistema sociocultural. Es necesario tener presente que, en la actual situación tecnoeconómica, el contacto y la exposición —aunque sea por vía electrónica— a otras lenguas distintas irá creciendo y pocas poblaciones quedarán al margen de esta realidad. Eso provocará que sólo aquellas que puedan adoptar actuaciones compensatorias y reequilibradoras en su ecosistema podrán irse reproduciendo sosteniblemente. Visto el grado y la intensidad de los cambios contemporáneos existe el riesgo de que las poblaciones en situación de alta subordinación no puedan emprender acciones compensatorias o de reconducción de su evolución, y estén condenadas, muy probablemente, a un lento y gradual abandono del uso de su código. Nuestro gran reto, pues, será, desde una concepción compleja y fluyente de la realidad, como en otras ciencias y campos de la vida, saber «encontrar exactamente qué condiciones precisas de desequilibrio pueden ser estables» (Capra, 1998, p. 104).

Así, en esta línea de trabajo y esfuerzo por el cambio, y desde las perspectivas *complejicas* de la ecología y la sostenibilidad lingüísticas, y con la clara conciencia de pertenencia a una misma especie, podremos conseguir los objetivos que señala Edgar Morin:

Nosotros podemos reencontrar y cumplir la unidad del ser humano. (...) Tenemos que reencontrarla, no en una homogeneización que destruiría las culturas sino, al contrario, a través del pleno reconocimiento y el pleno desarrollo de las diversidades culturales, lo cual no tendría que impedir que en niveles más amplios pudiesen darse procesos de unificación y de rediversificación (1993, p. 70).

REFERENCIAS

- Barreto, A. (1995). *Nationalism and linguistic security in contemporary Puerto Rico*, *Canadian Review of Studies in Nationalism*, XXII, 1-2, pp. 67-74.
- Bastardas Boada, A. (1996). *Ecologia de les llengües. Medi, contactes i dinàmica sociolingüística*. Barcelona: Proa/Enciclopèdia Catalana. Aadir (versión en inglés en Bastardas Boada (2019), pp. 27-237)
- Bastardas Boada, A. (1999). Lingüística General y teorías de la complejidad ecológica: algunas ideas desde una transdisciplinariedad sugerente. En *Lingüística para el siglo XXI* (pp. 287-294). Salamanca: Publ. Universidad de Salamanca.
- Bastardas Boada, A. (2002). Política lingüística mundial a l'era de la globalització: diversitat i intercomunicació des de la perspectiva de la 'complexitat, *Noves SL. Revista de sociolingüística*, Publicación electrónica: <http://www6.gencat.net/llengcat/noves/> (Hay traducción al castellano: "Política mundial del lenguaje en la era de la globalización: diversidad e intercomunicación desde la perspectiva de la complejidad", *Dimensión antropológica* (México) 28 (mayo-agosto 2003), pp. 15-41.
- Bastardas Boada, A. (2003a). Ecodinámica sociolingüística: comparaciones y analogías entre la diversidad lingüística y la diversidad biológica, *Revista de llengua i dret* 39, pp. 119-148.
- Bastardas Boada, A. (2003b). Lingüística general: elementos para un paradigma integrador desde la perspectiva de complejidad, *Lingüística en la Red*. Número I, Publicación electrónica: <http://www.linred.com> pp. 1-23.
- Bastardas Boada, A. (2005). *Cap a una sostenibilitat lingüística*. Barcelona: Angle editorial / Centre d'Estudis de Temes Contemporanis, Generalitat de Catalunya.
- Bastardas Boada, A. (2014). Linguistic Sustainability for a Multilingual Humanity. En *Sustainable Multilingualism*, 5, pp.134-163. DOI: <http://dx.doi.org/10.7220/2335-2027.5.5>
- Bastardas Boada, A. (2016). Ecología lingüística y lenguas minorizadas: algunas notas sobre el desarrollo del campo. En Fernández Planas, A. Ma. (ed.) (2016): *53 reflexiones sobre aspectos de la fonética y otros temas de lingüística*. Barcelona, pp. 449-458.

- Bastardas Boada, A. (2017). The ecology of language contact: Minority and majority languages. En Fill, A., Penz, H. (eds.), *Routledge Handbook of Ecolinguistics*. Oxford: Routledge, pp. 26-39.
- Bastardas Boada, A. (2019). *From language shift to language revitalization and sustainability. A complexity approach to linguistic ecology*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Bastardas Boada, A. (2020). Las Perspectivas complejicas y su aplicación en sociolingüística” ‘restringida’ y ‘general’ sobre los procesos de bilingüización social y sustitución lingüística. En Massip-Bonet, A., et al. (eds.), *La Teoría de la complejidad. Aplicación a las ciencias del lenguaje y de la comunicación*. México: UNAM, en prensa.
- Bastardas, A. & Boix, E. (dirs.) (1994). ¿Un estado, una lengua? La organización política de la diversidad lingüística. Barcelona: Octaedro.
- Bateson, G. (1972). *Steps to an ecology of mind*. New York: Ballantine Books.
- Bohm, D. (1987). *La totalidad y el orden implicado*. Barcelona: Kairós. [Trad. en castellano de *Wholeness and the implicate order*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1980.]
- Capra, F. (1982). *The Turning Point*. New York: Simon and Schuster, 1982. [Trad. en castellano: *El punto crucial*. Barcelona: Integral, 1985.
- Capra, F. (1998). *La trama de la vida*. Barcelona: Anagrama. (Trad. cast. de *The web of life. A new synthesis of mind and matter*. Hammersmith, London: Flamingo, 1997).
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Ed. Península. (Trad. cast. de *Die Gesellschaft der Individuen*, 1987).
- Elias, N. (1991). *The symbol theory*. London: SAGE Publ.
- Folch, R. (1999). “Una conversa amb Ramon Folch” (entrevista por L. Reales). *Idees. Revista de temes contemporanis* 2, Publicación electrónica: <http://www.idees.net/idees>.
- Haugen, E. (1972). The ecology of language (pp. 325-339). Dil, Anwar S. (ed.). *The Ecology of Language*. Stanford: Stanford University Press.
- Jacobs, J. (2000). *The nature of economies*. Toronto: Random House.
- Morin, E. (1991). *La Méthode. 4. Les idées. Leur habitat, leur vie, leurs moeurs, leur organisation*. París: Seuil.
- Morin, E. (1992). *Introduction à la pensée complexe*. París: ESF éd.
- Morin, E. (1993). *Terre-Patrie*. París: Seuil.
- Terborg, R. (2006). La ‘ecología de presiones’ en el desplazamiento de las lenguas indígenas por el español. Presentación de un modelo, *Forum: Qualitative Social Research / Sozialforschung*, IV, 4, art. 39 (en línea: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/167/374>
- World Commission on Environment and Development (1987): *Our common future*. Oxford/New York: Oxford University Press.